

Investigación sobre el bombardeo de los diques del río Rojo (Vietnam, verano de 1972). Método de análisis y reflexiones de conjunto*

Yves LACOSTE

RESUMEN

El artículo, mediante un conjunto de razonamientos y de análisis específicamente geográficos, demuestra la estrategia y la táctica contra los diques del río Rojo que el estado mayor estadounidense ponía en práctica en la guerra del Vietnam a fin de causar un desastre “natural” en la época de crecidas, tomando el máximo de precauciones con el fin de poder negar el carácter deliberado de este intento y de hacer imposible la demostración de que se había intentado un genocidio. Reconstituye, a partir de informaciones eminentemente geográficas, el razonamiento elaborado para el Pentágono por otros geógrafos para llevar a cabo esta “guerra geográfica”. Al mostrar su utilidad para la guerra, expone sin ambages la función política y militar de la geografía, que le es propia desde el principio.

Palabras clave: Guerra geográfica; análisis multiescalar; ideología y geografía; Vietnam; Estados Unidos.

Inquiry into the bombing of the Red River dikes (Vietnam in summer 1972). Method of analysis and general reflections

ABSTRACT

By means of a series of arguments and specifically geographical reasoning, the article lays bare the strategy and tactics practiced by the United States' General Staff during the Vietnam War against the Red River dikes, with the purpose of provoking a “natural” disaster during the flood season. All measures were taken in order to being able to deny the deliberate character of those attacks and to rendering the demonstration of the intent of genocide impossible. It reconstructs, thanks to essentially geographical data, the reasoning elaborated by other geographers for the Pentagon so as to carry out this “geographical war”. The practical use of geography for war gives evidence of both its political and military functions, which have always been its primary meaning.

Key words: Geographical war; multi-scalar analysis; ideology and geography; Vietnam; United States.

* (Nota de la redacción) El texto original, “Enquête sur le bombardement des digues du fleuve Rouge (Vietnam, été 1972)”, fue publicado en *Hérodote*, núm. 1, enero-marzo 1976, págs. 86-117. La traducción fue realizada por Isabel Pérez-Villanueva para el libro editado por Nicolás Ortega Cantero: *Geografías, ideologías, estrategias espaciales*, Madrid, Dédalo, 1977, págs. 67-100. Marina Díaz ha hecho la revisión para esta publicación.

Pesquisa sobre o bombardeio dos diques do Rio Vermelho (Vietnam, verão de 1972). Método de análise e reflexões de conjunto

RESUMO

Mediante um conjunto de considerações e de análise especificamente geográficos, o artigo demonstra a estratégia e a tática que o estado maior estadunidense punha em prática na Guerra do Vietnam contra os diques do Rio Vermelho com o objetivo de causar um desastre “natural” na época de enchentes, tomando enormes precauções para poder negar o caráter deliberado dessa tentativa e de tornar impossível a demonstração que se tratava de um genocídio. A partir de informações eminentemente geográficas, reconstitui-se o raciocínio elaborado para o Pentágono por outros geográficos para executar dita “guerra geográfica”. Ao mostrar sua utilidade para a guerra, expõe de forma explícita a função política e militar da geografia, que lhe é própria desde o início.

Palavras-chave: Guerra geográfica; análise multiescalar; ideologia e geografia; Vietnam; Estados Unidos.

REFERENCIA NORMALIZADA

Lacoste, Yves (2011) “Investigación sobre el bombardeo de los diques del río Rojo (Vietnam, verano de 1972). Método de análisis y reflexiones de conjunto”. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, vol. 2, núm. 2, 313-337.

SUMARIO: 1. ¿Por qué el asunto de los diques provocó un malestar tan grande en la opinión pública? 2. Función ideológica y función estratégica de la geografía. 3. Los comienzos del asunto de los diques. 4. La gran ofensiva sobre los diques del verano de 1972. 5. Hipótesis de investigación a partir del establecimiento de un mapa. 6. Análisis a pequeña escala de los puntos de bombardeo en el conjunto del delta. 7. Investigación en el distrito de Nam-Sach. 8. Investigación en el sur de la provincia de Thai-Binh. 9. Síntesis de las observaciones sobre el terreno. Articulación de los diferentes niveles de análisis espacial. 10. ¿Por qué no se ha producido la catástrofe? 11. La guerra geográfica.

Volver a hablar del bombardeo de los diques en Vietnam del Norte (sobre todo los del verano de 1972), ahora que la guerra de Indochina ha terminado —por fin—, supone correr el riesgo de parecer perfectamente ocioso.

No es inútil, sin embargo, volver sobre este asunto, sobre todo si se piensa que es importante políticamente, no sólo mostrar las relaciones que existen entre análisis geográfico y estrategia militar, y plantear el problema de la responsabilidad de los geógrafos, sino también reflexionar sobre los lazos que existen entre ciertas representaciones geográficas y ciertos comportamientos ideológicos.

1. ¿Por qué el asunto de los diques provocó un malestar tan grande en la opinión pública?

Es importante preguntarse por qué, durante todos estos años en los que la prensa y la televisión nos han evocado y mostrado todas las formas de matar, quemar, acribillar, despedazar y aniquilar (y la visión que daban los medios de comunicación de los métodos más sofisticados y más masivos impresionaba al espectador, en definitiva, mucho menos que la contemplación de un estrangulamiento o de otra forma muy tradicional de matar); por qué el bombardeo de los diques ha sido, sin duda, uno de los métodos de guerra que han perturbado más a la opinión pública en Estados Unidos y en numerosos países. Esas reacciones, casi instintivas a nivel individual, ampliamente reproducidas por la prensa, han hecho que el problema de los diques haya sido uno de los asuntos más embarazosos para el Pentágono y para los dirigentes de los Estados Unidos. Sin embargo, durante todo el tiempo que duró la guerra de Vietnam, el Pentágono no intentó disimular, más bien todo lo contrario, el carácter particularmente mortífero de las armas y métodos de guerra que ordenaba utilizar cotidianamente: ya fuese la utilización sistemática de napalm, diferentes tipos de armas “antipersona” o gigantescos bombardeos “de saturación”.

La audiencia, que asistía así al espectáculo, ofrecido por la televisión y el cine, del mayor diluvio de hierro y fuego que la historia haya conocido jamás, se comportaba como un público un tanto hastiado. Esta relativa insensibilidad cesaba cada vez (en 1965-1966 y 1967) que la prensa escrita recogía noticias relativas a ataques aéreos sobre la red de los diques en Vietnam del Norte, encontrando entonces las protestas del gobierno de Hanoi un eco considerable. Pero es en 1972, tras la reanudación masiva de los bombardeos sobre el Norte (interrumpidos desde 1968), cuando el asunto de los diques tomó una amplitud que no había alcanzado hasta entonces: al multiplicarse las protestas del gobierno norvietnamita, altas personalidades, el secretario general de las Naciones Unidas, Kurt Waldheim, e incluso el Papa, expresaron su inquietud. El asunto adquirió tal importancia que el presidente de los Estados Unidos en persona juzgó útil negarlo (30 de junio de 1972) y lamentó públicamente que semejantes personalidades se hubiesen dejado engañar tan fácilmente por la “propaganda comunista”. El testimonio del embajador de Suecia en Hanoi, Jean-Christophe Oberg (1 de julio de 1972), desató nuevos desmentidos del Departamento de Estado que la prensa norteamericana reprodujo en lugar destacado, deseando que correspondiesen a la realidad. Los periódicos no hacían más que traducir la actitud de la opinión pública norteamericana (incluida la de los partidarios de Nixon y de su política de guerra), que rechazaba con inquietud o indignación la idea de que se pudiesen dirigir bombardeos sobre semejantes objetivos: “Los bombardeos, sí, de acuerdo, pero no sobre los diques...”.

Empleando un razonamiento cínico, no se entiende muy bien por qué esta audiencia que aceptaba que hombres, mujeres y niños fuesen quemados vivos con napalm o acribillados por centenares de fragmentos de metralla (de plástico, para

que el cirujano no pudiese encontrarlos con rayos X); por qué esta opinión pública sentía ese malestar ante la idea de que esas poblaciones estuviesen amenazadas con ahogarse. Morir ahogado es, a pesar de todo, un final menos atroz que agonizar consumido por las quemaduras del napalm o por las del fósforo... Ciertamente, antes incluso de tener una idea precisa de los datos geográficos del problema (antes de comprender que los diques tienen una importancia primordial, puesto que ríos que sufren grandes crecidas discurren *por encima* de la llanura, sobre una loma formada por aluviones), la opinión pública sabía que se trataba del destino de cientos de miles de hombres y que, por su amplitud, esta hecatombe era un problema. En la prensa, las consecuencias del bombardeo de los diques eran a menudo comparadas con los efectos que tendría la explosión de varias bombas atómicas sobre el delta del río Rojo. Pero, ¿era la amplitud cuantitativa de las destrucciones lo que constituía, verdaderamente, la causa del malestar de la opinión pública respecto a los diques? Los comentarios sobre el uso de la fuerza nuclear tenían, de hecho, connotaciones muy distintas de las que se referían al bombardeo de los diques, implicando la evocación de este problema alusiones muy frecuentes a todo lo que atañe a la “naturaleza”. En este sentido, Nixon recordó (27 de julio de 1972) que los bombardeos sobre Dresde (donde hubo más víctimas que en Hiroshima), sobre Hamburgo y Berlín, ordenados por Eisenhower durante la Segunda Guerra Mundial, habían causado cientos de miles de víctimas sin plantear, por ello, problemas de conciencia; sin embargo, él, Nixon, afirmó que no hacía ni haría bombardear los diques (“que podríamos, por lo demás, arrasarlo en una semana”). ¿Por qué esta clemencia, esta “moderación” de la que se jactaba Nixon (30 de junio de 1972)? Porque sabía muy bien que la opinión pública norteamericana, que ya había protestado por este asunto cada vez que se había mencionado entre 1965 y 1967, no habría aceptado “fácilmente” tales bombardeos.

2. Función ideológica y función estratégica de la geografía

¿Tenía conciencia esta opinión pública de que se trataba de una nueva forma de guerra? Había aceptado, sin embargo, los defoliantes, uno de los medios ya clásicos de una guerra a la que se ha llamado “ecológica”, a partir del momento en que los medios de comunicación pusieron de moda la ecología.

Puede uno preguntarse si el malestar y las reacciones que se manifestaron, sobre todo en 1972, a propósito del bombardeo de los diques (lo que no era, para una gran parte de la opinión pública norteamericana, más que una vil calumnia que había que rechazar), no deben ser relacionados con motivaciones ideológicas muy profundas: como si los más encarnizados combates que se libraban entre los hombres debieran permanecer netamente diferenciados de la lucha que deben mantener contra las fuerzas de la naturaleza. El malestar de la opinión pública y el bochorno de los dirigentes habrían sido, sin duda, igual de grandes si se hubiera tratado de desenca-

denar contra una población tifones, terremotos o erupciones volcánicas. Todavía muy recientemente, los titulares de *France-Soir* (del 18 de junio de 1975) traducían (y explotaban) ese malestar de la opinión pública respecto a la “guerra meteorológica” sobre la que discuten los representantes de las grandes potencias. Desde hace milenios, consciente o inconscientemente, los hombres ven la huella de Dios o del Destino en los fenómenos naturales, y más aún en las catástrofes naturales, y todavía hoy el desencadenamiento voluntario de las “Fuerzas de la Naturaleza” aparece confusamente como el acto sacrílego del aprendiz de brujo. En la mente de la gente, los diques en cuestión son evidentemente indisociables de los ríos, de sus crecidas, del clima, de las montañas de donde descienden, de la llanura que atraviesan, es decir, de un conjunto de ideas que hay que denominar “geográficas”. El malestar provocado por el asunto de los diques es, en cierta forma, revelador de la función ideológica de las representaciones geográficas. Es, evidentemente, en las religiones animistas donde esas relaciones son más explícitas, pero, todavía hoy, incluso en discursos de tipo marxista, no hay que profundizar mucho para encontrar una cierta idea de Dios bajo las descripciones geográficas más prosaicas. Y los filósofos, incluidos los que afirman su materialismo de la forma más decidida, y los que se dedican a desenmascarar las mistificaciones todavía en vigor en los cimientos arqueológicos del saber, se guardan muy mucho de dirigir sus miradas hacia la geografía.

Evocar las razones ideológicas profundas del malestar de la opinión pública en cuanto al problema del bombardeo de los diques no tiene sólo un interés epistemológico. Permite comprender mejor no sólo la amplitud del escándalo, sino también la estrategia y la táctica que ha tenido que escoger el estado mayor norteamericano. El Pentágono se ha esforzado en varias ocasiones en obtener determinado resultado: el aniquilamiento en la llanura del río Rojo de varios cientos de miles de personas (quizá, incluso, cerca de dos millones de personas, según ciertas evaluaciones), tomando el máximo de precauciones con el fin de poder negar el carácter deliberado de este intento y de hacer imposible la demostración de que se había intentado un genocidio.

Es en agosto de 1972 cuando, poniendo en práctica un conjunto de razonamientos y de análisis específicamente geográficos, pude demostrar, sin ser contradicho, la estrategia y la táctica que el estado mayor ponía en práctica contra los diques. Si es mi procedimiento geográfico lo que ha permitido desenmascarar al Pentágono es, desde luego, porque su estrategia y su táctica se basaban esencialmente en un análisis geográfico. Ha consistido, para mí, en reconstituir, a partir de informaciones eminentemente geográficas, el razonamiento elaborado para el Pentágono por otros geógrafos (“civiles” o uniformados, poco importa).

Más que presentar, como ocurrió en agosto de 1972, las conclusiones de las observaciones que había podido efectuar sobre el terreno (por encargo —oficioso— del gobierno de la R. D. V. N., en el marco de la Comisión Internacional de Investigación sobre Crímenes de Guerra, que publicó mi informe en octubre de 1972), creo

que no está de más relatar las diferentes fases de esta investigación, la elaboración de su problemática y las dificultades que ha habido que superar. En efecto, más allá del asunto del bombardeo de los diques, que es esencialmente militar y que pertenece ya al pasado, es importante mostrar, de forma mucho más general, cómo es posible discernir, mediante un procedimiento geográfico, la estrategia (no sólo militar, sino también económica, urbanística...) que un adversario está llevando a cabo, después de haberla elaborado más o menos secretamente.

3. Los comienzos del asunto de los diques

Para comprender las diferentes etapas de la investigación sobre el bombardeo de los diques, hay que volver a trazar la evolución de este asunto, a partir de 1965. Es, en efecto, a partir de la primavera de 1965, cuando el gobierno de la República Democrática de Vietnam comenzó a dar cuenta de numerosos ataques aéreos sobre la red de diques y sobre las obras hidráulicas (pantanos, esclusas, canales). Durante el año 1965, el gobierno de Hanoi contó más de quinientos, cerca de un millar durante el año 1966, y denunció enérgicamente esas agresiones, cuyas consecuencias podían ser catastróficas. Se elaboró un informe por el Ministerio de Hidráulica para la Comisión de Investigación de los Crímenes de Guerra de la R. D. V. N.

Las autoridades norteamericanas negaron la evidencia. En las declaraciones que hicieron varios testigos, de regreso de Vietnam del Norte, al Tribunal Russel, en Estocolmo, en noviembre de 1966, se dio cuenta de los bombardeos de los diques y de las obras hidráulicas, particularmente en el informe del doctor Behar y, sobre todo, en el del profesor japonés Tsetsure Tsurushima¹, que recoge los documentos elaborados por el gobierno de la R. D. V. N.

En 1967, el profesor Jean Dresch, director del Instituto de Geografía de París, recibió de M. Maï Van Bo, entonces delegado general de la R. D. V. N. en Francia, una documentación sobre esos bombardeos, que me transmitió (por no poder ocuparse él mismo, entonces, de ella), diciéndome: “¡A ver qué puede hacer con ella!”. No es que yo fuese especialista en los países del Sudeste Asiático, ni que mi papel fuese destacado en la campaña contra la guerra de Vietnam. Sin embargo, había dado mis primeros pasos de geógrafo estudiando la geomorfología de la llanura del Rharb en Marruecos, cuyo relieve se parece al de las llanuras de Vietnam del Norte: en ambos casos, los ríos corren sobre lomas aluviales, por encima del nivel de la llanura. El parecido termina ahí, pues no hay diques en la llanura del Rharb, que está, además, muy débilmente poblada. En tanto que geógrafos, nos parecía evidente que la importancia primordial de los diques para el pueblo vietnamita se debía al

¹ (Nota del autor) Ver Tribunal Russel: *Rapport*, Gallimard, 1967. (Hay traducción castellana en Siglo XXI.)

hecho de que los ríos, y muy en particular los múltiples brazos del río Rojo, en el delta, discurrían aproximadamente cinco o diez metros *por encima* de una llanura extremadamente poblada.

Sin embargo, los diferentes informes (franceses o vietnamitas) publicados hasta entonces sobre el problema del bombardeo de los diques no aludían a esas lomas aluviales, aunque fuesen un dato geográfico y, por tanto, estratégico esencial. Es más, en esos informes, el problema de los diques, que rodean y bordean en los deltas los diferentes brazos del río para evitar el desbordamiento de las crecidas en la llanura, situada más abajo, se confundía con el problema de los canales y con el de los diques y pantanos construidos no en la llanura, sino en la región de las colinas o de las montañas, para almacenar el agua destinada al riego durante la estación seca. Esta amalgama de distintos objetivos bombardeados, teniendo ciertamente en común sus relaciones con los temas hidráulicos, pero situados en condiciones geográficas muy diferentes, conducía involuntariamente a enmascarar aún un poco más la estrategia de la *US Air Force*.

La documentación que me había entregado Jean Dresch era abundante, pero presentaba numerosos inconvenientes: proporcionaba, ciertamente, numerosas informaciones sobre las fechas (e incluso las horas) de los ataques efectuados sobre múltiples objetivos, pero se trataba de *ejemplos* considerados particularmente espectaculares (bombardeos de los diques, seguidos de varias incursiones sobre los contingentes de los trabajadores reunidos para reparar a toda prisa los destrozos). Resultaba imposible, sobre todo, localizar con precisión, sobre un mapa, los puntos que habían sido bombardeados. En tanto que geógrafo, no podía sacar gran cosa de esta documentación bastante fragmentaria y que, sobre todo, estaba mucho más preocupada por facilitar precisiones en cuanto a la localización de los hechos en el tiempo que por dar indicaciones sobre el lugar.

La precisión de las informaciones relativas a la cronología de los bombardeos me había permitido, sin embargo, hacer dos constataciones: la primera (que no recogí en mi informe, publicado por el Tribunal Russell en sus anejos) era que una gran parte de los bombardeos sobre los diques se realizaba en primavera y a principios del verano, es decir, antes de la estación de las crecidas, como si el estado mayor norteamericano evitase acciones directas en el momento mismo de esas crecidas, para enmascarar mejor su responsabilidad. Si los diques sacudidos por las bombas se rompían durante una fuerte crecida, era mejor para el Pentágono que esta rotura pareciese no tener relación directa de causa a efecto con un bombardeo; era necesario que éste se hubiese realizado bastante tiempo antes, pero no demasiado, para que no se hubiese tenido tiempo de realizar los trabajos de reparación. No se quería que la estrategia contra los diques fuese directa.

La segunda constatación permitía una conclusión inversa: varios ataques sobre diques costeros se llevaron a cabo, justamente, antes de la llegada de un tifón, así, por ejemplo, en catorce ocasiones, en la región de Haiphong, del 27 al 31 de julio de 1966, en el momento en que los vientos del tifón Ora arrastraban hacia el interior

de las tierras las aguas del mar pudiendo invadir los arrozales y destrozar los cultivos. Este caso de sincronización entre la llegada del tifón y el bombardeo (hay otros ejemplos comparables) permitía probar que ciertos ataques sobre los diques indicaban estrategias directas muy deliberadas, pero este caso no era suficiente para demostrar el conjunto de la empresa destructiva.

4. La gran ofensiva sobre los diques del verano de 1972

Desde 1968 hasta 1971, el asunto de los diques no fue tan urgente, debido a la suspensión de los bombardeos norteamericanos sobre la mayor parte de Vietnam del Norte (exceptuando la 4.^a zona). Pero, desde el mes de abril de 1972, con la reanudación de los bombardeos, volvió al primer plano de la actualidad, con una gravedad que no había conocido hasta entonces. En los meses de abril, mayo y junio, los ataques sobre los diques fueron más numerosos y, sobre todo, más graves que en los períodos correspondientes de los años 1965-1967. En el mes de junio publiqué en *Le Monde* un artículo donde explicaba, por una parte, que, en la llanura de Vietnam del Norte, los ríos discurren sobre lomas aluviales por encima del nivel de la llanura, y, por otra parte, que estos diques, protección vital para millones de personas, podían romperse con la crecida sin haber sido reventados, debido a las fisuras provocadas por la explosión de las bombas lanzadas a cierta distancia. Concluía: “Hay que proclamar desde ahora que, si los diques se rompen este verano, la responsabilidad de este genocidio debe recaer sobre el presidente Nixon, de la misma forma que si hubiese ordenado un bombardeo atómico”. Como me diría un poco más tarde, en Hanoi, el primer ministro Pham Van Dong, este artículo iba a jugar un papel fundamental en la campaña contra el bombardeo de los diques; fue extensamente reproducido en la prensa norteamericana, aunque no contenía ninguna revelación sensacional; ese artículo subrayaba solamente este dato geográfico elemental: la existencia de esas lomas aluviales que no había sido nunca expuesta claramente hasta entonces a pesar de ser el dato estratégico esencial.

A mediados del mes de julio recibí, con gran sorpresa por mi parte, un telegrama pidiéndome, por sugerencia del gobierno de Hanoi, formar parte de una “Comisión de Investigación sobre los Crímenes de Guerra”, organismo principalmente espolado por suecos y presidido por el gran economista Gunnar Myrdal. Varios días más tarde, gracias a la extremada diligencia de las autoridades soviéticas, partía para Hanoi en compañía de una delegación de siete miembros (el norteamericano Ramsay Clark, antiguo ministro de Johnson, y el irlandés Sean Mac Bride, presidente de Amnesty International, eran las personalidades más eminentes), teniendo cada uno, en cierta forma, sus preocupaciones particulares. Por lo que se refería a los diques, mi preocupación prioritaria (que compartía con el ingeniero francés Daniel Mandelbaum), el peligro se había hecho muy acuciante, pues los ataques norteamericanos, lejos de disminuir, como en 1965, 1966 y 1967, al acercarse la

estación de las lluvias y de las grandes crecidas, se habían intensificado bruscamente, pudiendo ocurrir lo peor en un plazo extremadamente breve.

5. Hipótesis de investigación a partir del establecimiento de un mapa

Se trataba, pues, de establecer las pruebas de que el bombardeo de los diques respondía a un plan deliberado con el fin de provocar una catástrofe. Para mí, era evidente que ir a constatar que un dique había sido efectivamente bombardeado en tal lugar no era una prueba suficiente ante la opinión pública norteamericana, pues Nixon y el Pentágono no se privaban de decir (29 de julio de 1972) que esos ataques no apuntaban al dique, sino a un objetivo militar que podía haberse encontrado allí en algún momento. ¿No acababa de publicar el semanario *Time* una gran fotografía aérea, que no estaba, desde luego, localizada, pero que mostraba un conjunto de convoyes circulando sobre carreteras construidas en lo alto de grandes diques?... Esto parecía acreditar la tesis defendida por los representantes del Pentágono.

Mi hipótesis de trabajo fue la siguiente: la aviación norteamericana no tiene, desde luego, la posibilidad de atacar, en todas partes, todos los diques (en efecto, teniendo en cuenta el malestar de la opinión pública, el Pentágono no puede tomar la responsabilidad de una operación tan masiva; por otra parte, en ese momento, durante la enorme batalla de Quang Tri, mientras la aviación norteamericana efectuaba un número récord de salidas, no le era, sin duda, tan fácil multiplicar los ataques sobre los diques, por falta de pilotos y de aparatos disponibles); el estado mayor de Estados Unidos debe, pues, decidirse por bombardear la red de diques en cierto número de sitios, aquellos cuya destrucción puede ocasionar las consecuencias más graves para las poblaciones en el momento de la crecida. Esos lugares especialmente estratégicos debían ser escogidos en función de ciertos criterios; y yo sabía, tras la lectura atenta de la obra de Pierre Gourou, *Los campesinos del delta tonkinés* (1937), que los diques forman una red bien estructurada y jerarquizada y que el delta del río Rojo es un espacio que no es uniforme, sino, por el contrario, bien diferenciado, tanto desde el punto de vista de las formas del relieve como del poblamiento. Podía, pues, pensar que, si los ataques sobre los diques dependían de un plan deliberado y sistemático, ese plan debía determinar sobre el mapa la elección de los objetivos que había que destruir, teniendo en cuenta la estructura de la red de los diques y la configuración geográfica del delta. Se trataba, pues, en mi caso, de reconstituir ese plan, para poder demostrar su existencia. Esta reconstitución sólo podía hacerse a partir de ciertos indicios, esencialmente la localización precisa de los puntos de bombardeo sobre los diques. Se trataba, en consecuencia, de establecer el mapa correspondiente lo más pronto posible.

Este mapa no podía ser realizado más que por los servicios del Ministerio de Hidráulica, tras el acuerdo de las autoridades de la R. D. V. N. Ahora bien, la elaboración de semejante mapa en un país en plena guerra plantea numerosos problemas:

hay que contar con las preocupaciones de los militares, a quienes no les gusta, y con razón, divulgar ciertos documentos. Tuve, por tanto, que convencer a mis interlocutores, que al principio tenían tendencia a afirmar que todos los diques eran atacados y que esperaban de esta comisión investigadora un testimonio suplementario basado todavía en algunas observaciones puntuales. El éxito de mis gestiones se debió principalmente al hecho de que tuve como interlocutor a un militar de gran experiencia, personalidad de eminentes cualidades, el coronel Ha Van Lau, que aceptó mi hipótesis de trabajo y ayudó a ponerla a punto.

Pero la realización de este mapa de los puntos de bombardeo en el delta del río Rojo exigía días de trabajo a los ingenieros hidráulicos, que tuvieron que acumular informaciones precisas; éstos estaban ya en la brecha día y noche, desde hacía semanas, para organizar las reparaciones, después de cada bombardeo de obras hidráulicas, en condiciones, por lo demás, muy peligrosas, puesto que la aviación norteamericana atacaba regularmente, en repetidas ocasiones, con armas antipersona, los sectores de diques que habían sido bombardeados, intentando retrasar las obras de aterramiento. Además, habían sido lanzadas numerosas bombas de espoleta retardada y estaban profundamente hundidas en la tierra de los diques, donde explotaban varias horas, varios días o varias semanas más tarde; junto a las bombas de metralla provocaron numerosas víctimas, sobre todo entre las mujeres que efectuaban la mayor parte del transporte de tierra, en los dobles cestos que cuelgan en el flagelo de los yugos.

Todos los días reclamaba “mi mapa”, a la vez que me daba cuenta del aumento de trabajo que suponía, pero era una pieza que me parecía cada día más esencial. Esperando su finalización, pude efectuar sobre el terreno cierto número de observaciones, y reunir informaciones no menos indispensables. Con varios miembros de la comisión investigadora, tuve la posibilidad de ir a los sectores en los que los diques habían sido especialmente bombardeados; en el distrito de Nam-Sach, en el sur de la provincia de Thaï-Binh y en la provincia de Nam-Ha.

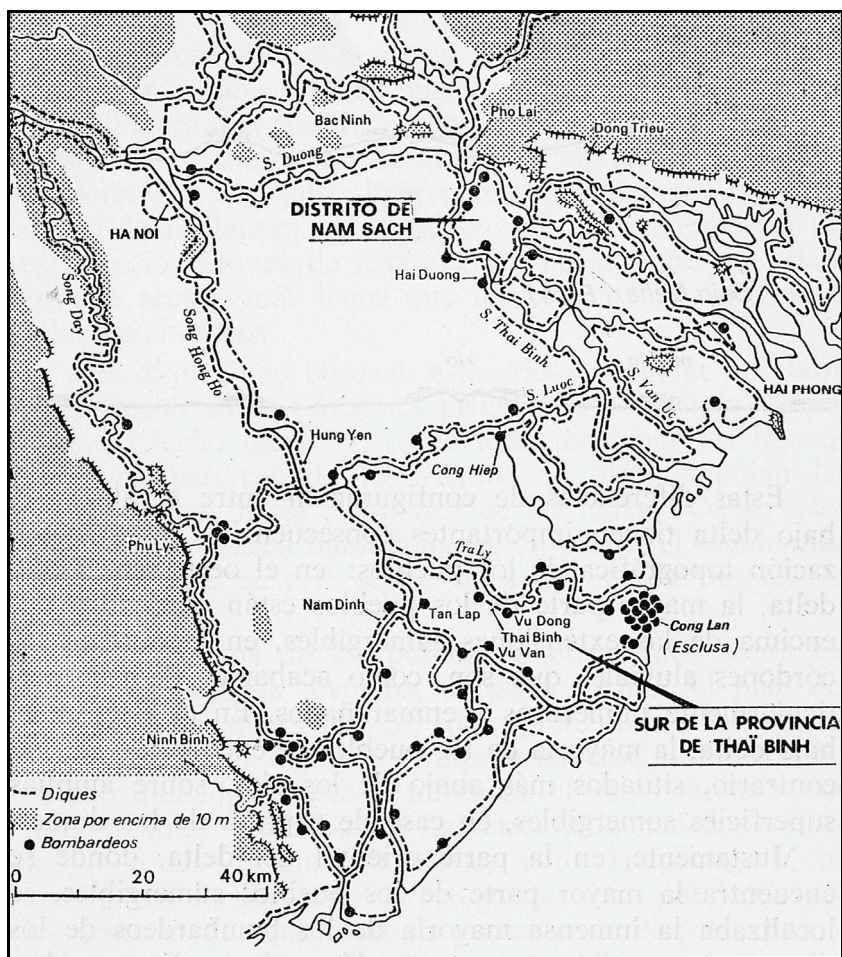
6. Análisis a pequeña escala² de los puntos de bombardeo en el conjunto del delta

Por fin, pude disponer del mapa (Mapa 1) elaborado por los ingenieros hidráulicos y tuve la satisfacción de constatar que confirmaba la hipótesis que yo había propuesto. En efecto, sobre este mapa, los puntos de bombardeo no estaban disemina-

² (Nota del autor) Recordemos, incluso a los geógrafos, que incurren frecuentemente en el contrasentido, que cuanto más “pequeña” es la escala de un mapa, más grande es la superficie de territorio que representa; por el contrario, cuanto más “grande” es la escala de un mapa, más detalladamente representa un espacio restringido.

dos de forma uniforme, sino que se repartían de forma muy significativa, si se tenía en cuenta la diferenciación geográfica en el delta del río Rojo.

Mapa 1. Puntos de bombardeo sobre la red de diques en el delta del río Rojo entre el mes de mayo y el 10 de julio de 1972



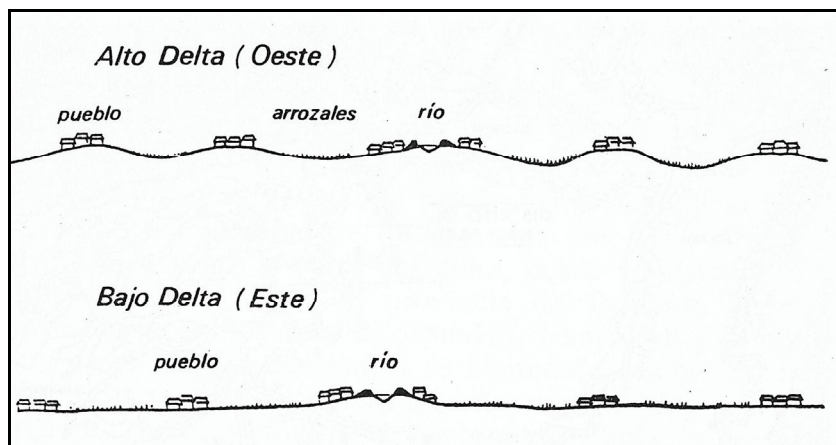
Del 16 de abril al 31 de julio de 1972, los diques habían sido atacados en cincuenta y ocho sitios. (Cada sitio podía corresponder a una sección de dique de varios centenares de metros de largo, y podía haber recibido, en varios ataques, varios centenares de bombas.)

Al examinar el mapa, se impone una primera constatación: la casi totalidad de estos puntos (54 sobre 58) se sitúan en la parte oriental del delta, desde el distrito de Nam-Sach, en el norte, la provincia de Tai-Binh, en el centro, hasta las regiones de Nam-Ha, Nam-Dinh y Ninh-Binh, en el sur. Cuatro puntos de bombardeos sobre obras hidráulicas se localizan fuera de este espacio: dos puntos cerca de Hanoi y dos en la esclusa de Phuly, sobre el río Day.

Se trataba, pues, de comprender por qué, según el plan elaborado por el estado mayor norteamericano, los bombardeos estaban concentrados en una sola parte del delta. La descripción clásica que hizo de él Pierre Gourou, cuarenta y cinco años antes, nos permitió comprenderlo (hay que señalar que su tesis fue traducida por los japoneses en 1942, y por los estadounidenses en los años 1950, lo que muestra el interés prestado por los estados mayores a esta investigación universitaria).

Pierre Gourou divide esquemáticamente el delta en dos partes bastante diferentes: en el oeste, en el alto delta, los ríos, que acaban de desembocar de los valles de montaña, tienen muchos aluviones y han construido antes del encauzamiento un gran número de cordones aluviales, puesto que cambiaban frecuentemente de curso, según la importancia del aluvionamiento. Por el contrario, en la parte este del delta, en el bajo delta, los ríos transportan una cantidad menor de aluviones (que han sido depositados río arriba) y discurren sobre lomas naturales menos altas. Estos ríos divergen hacia el mar, como los radios de una rueda. Por eso, grandes extensiones planas sumergibles se extienden entre los cordones aluviales, como muestra Pierre Gourou.

Figura 1. Localización topográfica de los pueblos en el delta del río Rojo



Estas diferencias de configuración entre el alto y el bajo delta tienen importantes consecuencias en la localización topográfica de los pueblos (Figura 1): en el oeste,

en el alto delta, la mayor parte de los pueblos están edificados por encima de las extensiones sumergibles, en lo alto de los cordones aluviales que son, como acabamos de ver, particularmente numerosos y enmarañados. En el este, en el bajo delta, la mayoría de los pueblos se encuentran, por el contrario, situados más abajo de los ríos, sobre amplias superficies sumergibles, en caso de rotura de los diques.

Justamente, en la parte oriental del delta, donde se encuentra la mayor parte de los pueblos sumergibles, se localizaba la inmensa mayoría de los bombardeos de los diques. A esta primera constatación, que tendía a probar la existencia de un plan sistemático de destrucción de los diques en las regiones donde las consecuencias serían más graves, un atento análisis permitía añadir otra que reforzaría la presunción. En efecto, en la parte este del delta, los diques no eran uniformemente atacados: en particular, los diques situados río arriba de Haiphong, al este de Nam-Sach, no habían sido bombardeados entre abril y julio de 1972. Sin embargo, se encontraban en una región en la que numerosos objetivos de carreteras, industriales y militares habían sido, por lo demás, intensamente bombardeados.

El examen de los mapas y la tesis de Gourou permitieron comprender esta excepción: en efecto, en esta parte de la llanura, los ríos ya no corren sobre lomas (una gran parte de los aluviones ha sido depositada río arriba) y comienzan a encajarse ligeramente por debajo del nivel medio de la llanura. En esta región no se llevaron a cabo bombardeos puesto que los pueblos de este sector, situados a mayor altura que los ríos, no estaban amenazados con la rotura de los diques.

Los diques que bordean estos ríos arriba de Haiphong tienen como funciones principales retener la expansión del lecho mayor y, sobre todo, contener las mareas de temporal, cuando los vientos de tifón empujan las aguas marinas hacia el interior de las tierras. Como estos tifones se producen habitualmente en otoño, el bombardeo de los diques en este sector no tenía ningún interés en verano.

Así, el mapa de los puntos de bombardeo sobre los diques en el delta revelaba, en gran medida, el plan del estado mayor norteamericano. Si, como pretendía el Pentágono, los diques eran dañados involuntariamente, en razón de su proximidad a objetivos militares, el mapa hubiera sido muy distinto: los diques hubieran sido dañados, sobre todo, en las regiones de Hanoi y de Haiphong. Ahora bien, este no era el caso en absoluto: la fotografía aérea publicada por los semanarios norteamericanos, representando el paso, por lo alto de un gran dique, de una carretera llena de caravanas militares, es la del único punto de bombardeo de dique en la región de Hanoi. Esta foto corresponde a la excepción y no a la regla.

Los diques han sido atacados casi exclusivamente en la parte oriental del delta, precisamente allí donde se encuentra el mayor número de pueblos por debajo de las lomas aluviales, donde moriría el mayor número de hombres en caso de rotura del dique. En la parte occidental del delta, el alto delta, los diques no han sido bombardeados (con una sola excepción), pues en esta región los pueblos, situados sobre los numerosos cordones aluviales, están al abrigo de la inundación.

Desenmascarada en sus grandes líneas por el análisis del mapa a pequeña escala, la estrategia del Pentágono ha sido demostrada en el nivel de su realización táctica, mediante el análisis a mayor escala de ciertos sectores y mediante las observaciones sobre el terreno.

7. Investigación en el distrito de Nam-Sach³

Se encuentra enteramente rodeado de diques y forma, en efecto, casi una isla delimitada por una red hidrográfica particularmente compleja. En el norte aparece un conjunto de ríos, Thuong, Luc Nam, Cau y Duong, que en varios kilómetros se juntan para formar el río Taï-Binh. Este, poco después, se divide en dos brazos, Taï-Binh y Kinh-Thay, que delimitan la extensión del distrito. Los diques del distrito de Nam-Sach han sido dañados en seis puntos diferentes:

- En el sur, los diques fueron dañados el 10 de mayo y el 24 de mayo de 1972, cerca de los pueblos de Ai-qoc y Nam-Dong: estos dos lugares están situados cerca de la gran carretera Hanoi-Haiphong y se puede, en última instancia, considerar que los diques no eran quizá el objetivo buscado por estos ataques (más de ciento cincuenta bombas).
- Los diques fueron dañados cerca de los pueblos de Nocti y de Minh-Tank el 9 de julio de 1972. En Nocti, en el lóbulo cóncavo de un meandro, es decir, en el punto en que la presión de la corriente es más fuerte en el momento de las crecidas. En Min-Tanh, veinticuatro bombas han destruido el dique en una sección de trescientos metros de largo (ha sido necesario mover más de veinticinco mil metros cúbicos de tierra para efectuar la reparación). La decisión de dirigir el ataque sobre este lugar se explica por el hecho de que en este punto la reparación de los diques resulta particularmente difícil, ya que los alrededores están ocupados por espacios pantanosos muy bajos, donde es difícil encontrar otra cosa que no sea tierra empapada, material impropio para una buena compactación.
- Los diques del distrito de Nam-Sach fueron, sobre todo, dañados en el norte, cerca de los pueblos de Hiep-Cat y de Nam-Hung, el 9 de julio y el 11 de julio de 1972. Las razones de la elección de estos puntos por la aviación norteamericana son muy claras, puesto que se encuentran exactamente en el lugar en el que las aguas de los ríos que acaban de confluír llegan casi perpendicularmente sobre los diques, ejerciendo así una presión particular-

³ (Nota del autor) Texto de mi informe a la Comisión Internacional de Investigación sobre los Crímenes de Guerra (Estocolmo, 1972).

mente fuerte. En caso de rotura de los diques en este punto, la corriente no tiene más que continuar de frente para sumergir al conjunto del distrito y a las cien mil personas que en él viven.

Es importante subrayar que el dique situado cerca del pueblo de Nam-Hung había sido ya atacado, por la importancia que presenta en el sistema hidráulico, en julio de 1967. No es el único ejemplo que prueba que los ataques realizados sobre la red de diques se producen en los lugares que habían sido bombardeados entre 1965 y 1968.

He visitado los diques de Nam-Hung y de Hiep-Cat el 9 de agosto de 1972. He podido constatar el gran número de cráteres situados en una parte y otra de los diques que habían sido reparados. Durante mi presencia en estos lugares, he sido testigo (el doctor Aarts, de Amsterdam, también) de la explosión de una bomba de espoleta retardada (9 de agosto de 1972, a las 10:15) caída cerca del pueblo de La-Doï, situado a medio camino entre Hiep-Cat y Nam-Hung. Esta bomba era uno de los seis artefactos de espoleta retardada lanzados el 11 de julio: tres explotaron durante el mes de julio, uno el 9 de agosto, otros dos no habían explotado aún en esta fecha.

8. Investigación en el sur de la provincia de Thai-Binh⁴

Esta región se encuentra limitada, al sur, por el curso del río Rojo y, al norte, por uno de sus brazos, el río Traly. Estos dos cauces de agua, que discurren en ambos casos sobre un cordón aluvial, delimitan una especie de largo canal que se abre, hacia el este, sobre el mar. La explotación de esta “nasa”, de este canal en el que viven hoy más de seiscientas mil personas, ha sido posible cuando se han construido diques a lo largo del río Rojo, del río Traly y a lo largo de la costa, evitando estos diques costeros la invasión de las aguas marinas. Pero es necesario evacuar, estando la marea baja, las aguas de lluvia que caen en este amplio canal, función que desempeña la importante esclusa de Lan.

Los bombardeos se dirigieron hacia los puntos más esenciales de esta compleja organización hidráulica y, en primer lugar, hacia la esclusa de Lan. Entre el 24 de mayo de 1972 y el 6 de agosto, fue atacada doce veces, y eso a pesar de haber quedado destruida desde el segundo ataque. La obstinación de la *US Air Force* sobre esta obra ya destruida, y que se encuentra lejos de cualquier otro objetivo, se explica por el deseo de hacer imposible su reparación o la puesta a punto de un

⁴ (Nota del autor) Texto de mi informe a la Comisión de Investigación.

sistema de bombeo. Así, las aguas, al no poder correr hacia el mar, se acumularon en los arrozales, perdiéndose una buena parte de la cosecha.

Visitamos la esclusa de Lan, el 3 de agosto (siguiendo una pequeña pista), y pudimos constatar que estaba situada muy lejos de cualquier objetivo, lejos de lugares habitados, entre extensos pantanos costeros y grandes arrozales. Esta esclusa, que juega un papel esencial, fue ya atacada en 1968. Nos haremos, por fin, idea del carácter sistemático y global de la acción llevada a cabo contra el sistema hidráulico de Vietnam del Norte al saber que la fábrica Nha-May-Gho-Khi (cerca de Hanoi), que suministra el material necesario para la reparación de las esclusas y demás obras hidráulicas, fue arrasada el 5 de agosto por un bombardeo particularmente intenso y preciso.

Además, tuvieron lugar bombardeos sobre los grandes diques del río Traly, afectados en cuatro lugares, y sobre los del río Rojo, que fueron dañados en tres lugares diferentes.

Pudimos visitar, el 3 de agosto, en el río Traly, el sector de diques atacado el 21 de julio, cerca del pueblo de Vu-Dong (distrito de Kieng-Xong): once bombas provocaron cráteres en la proximidad del dique (a menos de cincuenta metros), ocasionando la formación de graves fisuras en una sección de doscientos metros de largo. Una bomba excavó un cráter directamente en el dique. Este bombardeo, que alcanzó casas rurales situadas cerca del dique, causó la muerte de nueve personas y nueve heridos graves. En el momento de nuestra visita, se había reparado lo esencial de los desperfectos, pero las secciones del dique que habían tenido que ser reconstruidas eran perfectamente visibles.

El 4 de agosto de 1972, pudimos observar los destrozos provocados sobre los diques del río Rojo, cerca del pueblo de Vu-Van (distrito de Vu-Thu). En el ataque del 31 de julio, veinte bombas fueron lanzadas sobre dos puntos, separados por casi quinientos metros: el primero está situado cerca de una escuela que fue parcialmente destruida (muriendo el director); el segundo está situado cerca de una gran leprosería, la segunda en importancia de la República Democrática de Vietnam. Mil cien leprosos estaban allí albergados en el momento del bombardeo. Cinco de ellos resultaron muertos y otros diez heridos. Los edificios de esta leprosería, de creación muy antigua, cuatro grandes construcciones bordeadas por tres grandes iglesias, son perfectamente localizables, y se puede pensar que el ataque del dique en este preciso lugar responde al deseo de provocar el mayor número de dificultades en los trabajos de reparación. En efecto, la población vietnamita teme particularmente el contagio.

Las bombas han apuntado especialmente a los diques en la parte cóncava de los meandros, es decir, en los lugares donde se ejerce, durante las crecidas, la mayor presión de la corriente. Hay que señalar también que en otros dos sitios se utilizaron bombas de espoleta retardada (como en otros muchos lugares). De las catorce bombas lanzadas el 14 de julio sobre el dique del río Rojo, cerca del pueblo de Tan-

Lap, trece explotaron a intervalos diversos (algunas seis horas más tarde, otras hasta veintiún días después).

Así, la “operación” sobre la parte sur de la provincia de Thai-Binh puede resumirse de la forma siguiente: por una parte, provocar en los diques, en el punto más sensible, brechas que, a pesar de las reparaciones, corren el riesgo de volverse a abrir con las grandes crecidas (resulta, en efecto, muy difícil compactar convenientemente la tierra que contiene ya demasiada cantidad de agua, debido a las lluvias de verano; los lugares reparados en los diques siguen siendo, pues, puntos muy frágiles); por otra parte, bloquear la esclusa para impedir la evacuación de las aguas hacia el mar. Una parte de los arrozales se encuentra ya inundada y la subsistencia de seiscientos mil personas se ha perdido.

9. Síntesis de las observaciones sobre el terreno. Articulación de los diferentes niveles de análisis espacial

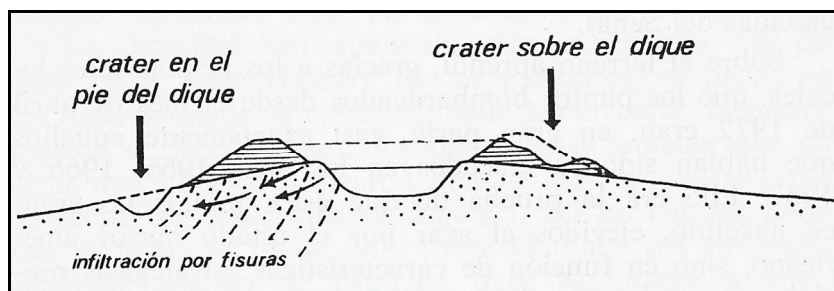
Recorrimos en estas regiones largos sectores de diques. Estas obras, de formas definidas, cuya altura supera frecuentemente los diez o quince metros, tenían buen aspecto: los vietnamitas estaban sumamente orgullosos de mostrar esta red de cuatro mil kilómetros, colosal resultado de los esfuerzos seculares de generaciones de campesinos que, metódicamente organizados, juiciosamente dirigidos, conquistaron su tierra, conteniendo las aguas de ríos gigantescos que corren por encima de la llanura (el río Rojo, durante la crecida, transporta casi tanta cantidad de agua como el Mississippi, quince veces más que las crecidas del Sena).

Sobre el terreno aprendí, gracias a los responsables locales, que los puntos bombardeados desde el mes de abril de 1972 eran, en buena medida, casi exactamente aquellos que habían sido ya atacados en los años 1965, 1966 y 1967. Ello era la prueba de que estos puntos no eran, en absoluto, elegidos al azar por el estado mayor norteamericano, sino en función de características estratégicas precisas: se trata, la mayor parte de las veces, de las partes cóncavas de los meandros; es decir, de los puntos en los que la corriente, en el momento de la crecida, ejerce la máxima presión sobre el dique. Pero se trata también de lugares en los que la reparación del dique será retrasada por ciertas dificultades. Por ejemplo, la presencia en los alrededores de terrenos particularmente bajos, inundados la mayor parte del año: por eso, no se encuentra en los parajes cercanos más que tierra empapada de agua que, al no poder ser compactada, resulta inutilizable para reconstruir el dique. Hay, pues, que ir a por tierra seca, a veces a varios kilómetros.

El ingeniero Mandelbaum, constructor, por su parte, de obras hidráulicas, pudo constatar que, excluyendo los puntos bombardeados, los diques estaban en excelente estado, contrariamente a lo que argumentaban los norteamericanos, que no dejaban de afirmar que estaban muy mal mantenidos y que su rotura eventual no se debería a las bombas.

Sobre el terreno, en los lugares donde el dique acababa de ser bombardeado, los destrozos no eran nada espectaculares (salvo alguna excepción), pues la mayor parte de las bombas habían caído a una cierta distancia de la obra (entre diez y cien metros), y era poco frecuente ver un dique reventado. No es que los aviadores norteamericanos no supiesen apuntar, sino que, como explicaban los ingenieros vietnamitas, la táctica de los norteamericanos era justamente lanzar su rosario de bombas al lado del dique. Y no era para ahorrar.

Figura 2. Efectos de las explosiones de las bombas en los diques del río



En efecto, la sacudida producida por la explosión de una bomba (en general, para este tipo de ataque, son bombas de quinientas a mil libras, que cavan cráteres de diez a doce metros de diámetro y de seis a siete metros de profundidad) provoca, en un radio de más de cincuenta metros, una serie de fracturas y de fisuras concéntricas que comprometen muy gravemente la solidez de la obra (Figura 2). Estas fisuras, en un dique que sigue intacto en apariencia, tienen efectos más peligrosos que la rotura del dique mediante un golpe directo. No todas resultan inmediatamente detectables y se corre el riesgo de que se abran bruscamente, bajo la presión de las aguas que se elevan por encima de la llanura, en el momento de las grandes crecidas. El ingeniero Mandelbaum me explicó que se trata del famoso fenómeno de "fisura", tan temido por los técnicos: las aguas cavan poco a poco una especie de túnel en el lugar de la grieta arrastrando las partículas de tierra, y el dique, intacto en apariencia, pero solapadamente socavado, puede hundirse bruscamente. No basta, pues, con rellenar los cráteres, primero hay que quitar, en los alrededores, un volumen de tierra cuatro o cinco veces superior al de la excavación producida por la explosión. Así, la táctica del bombardeo junto a los diques (rosarios de bombas encuadran los diques a veces durante varios centenares de metros) es extremadamente peligrosa (tiene, por añadidura, la ventaja de no ser espectacular), puesto que las fisuras pasan en profundidad bajo la obra. La reparación de semejantes destrozos, que es muy difícil, lo es aún más en la estación de las lluvias, pues la tierra está demasiado mojada para ser sólidamente compactada. Y la labor se hace imposible en el mo-

mento de las crecidas, ya que habría que quitar el dique (lo que provocaría el derramamiento de las aguas sobre la llanura situada más abajo) para volver a compactar la parte alta de la loma sobre la que está construida la obra: los bombardeos que continuaban durante la estación de las lluvias de 1972 eran, pues, infinitamente más graves que los que se habían realizado durante las estaciones secas de los años 1965, 1966 y 1967.

La puesta en práctica del plan sistemático de bombardeo de la red de los diques está, por tanto, probada mediante el análisis a diferentes escalas de las formas de localización de los puntos de ataque:

- El examen del mapa a pequeña escala, que representa al conjunto del delta, muestra que los bombardeos han sido efectuados sólo en las regiones del delta donde un gran número de pueblos se encuentran más bajos que las lomas; están, pues, bajo amenaza de sumersión en caso de rotura de los diques. Este mapa muestra también que, fuera de estas regiones, los diques, a pesar de encontrarse en territorios intensamente bombardeados por otras razones, no han sido dañados (salvo alguna excepción).
- El examen de los mapas a mediana escala, que representan las partes del delta donde los diques han sido objeto de bombardeos particularmente numerosos, muestra que los puntos de ataque corresponden, por una parte, en una gran proporción, a los sectores cóncavos de los meandros, donde los diques sufren una fuerte presión durante las crecidas y, por otra parte, a lugares en los que la reparación del dique se hace más lenta por diversas dificultades.
- El examen a muy gran escala sobre los propios lugares muestra que las bombas han caído, en su mayor parte, al lado de los diques, ya sea justo al pie del lado del lecho del río, ya sea, especialmente como una ristra, sobre la loma, a una distancia entre diez y ochenta metros. Esta táctica permite, por una parte, ocultar las formas más espectaculares (pero no las más peligrosas) de destrucción de los diques, y, por otra parte, provocar daños en la loma, bajo el dique, es decir, destrozos mucho más difíciles de detectar y de reparar, fisuras profundas.

La selección por el estado mayor de los puntos que debían ser bombardeados sobre los diques se ha efectuado según criterios diferentes, de acuerdo con tres niveles del análisis geográfico. Estos criterios se articulan estrechamente, teniendo en cuenta los datos topográficos e hidrológicos, la repartición del hábitat y también la existencia de una fuerte campaña en la opinión pública contra estos bombardeos. El objetivo: sumergir el mayor número de pueblos a consecuencia de la rotura de diques, durante las crecidas, en los lugares más estratégicos de la red, y ello esforzándose por enmascarar la relación de causa a efecto entre estos bombardeos y el hundimiento del dique, socavado en el lugar de las fisuras.

Esta selección metódica de los puntos de bombardeo está atestiguada, finalmente, por la casi coincidencia, según los numerosos testimonios recogidos sobre el terreno, de los lugares bombardeados durante el período 1965-1967 y durante el verano de 1972. No era necesario atacar los diques en un gran número de sitios, valía más la pena escoger juiciosamente —menos de sesenta puntos para el delta— aquellos cuya destrucción acarrearía, con la llegada de la crecida, las consecuencias proporcionalmente más graves. Esta estrategia “económica” (un gran volumen posible de destrucciones para un pequeño número de ataques) tenía la ventaja de no alterar demasiado a la opinión pública y de no multiplicar los ataques aéreos. En el verano de 1972, la *US Air Force* no tenía medios que malgastar.

Esos tres niveles de análisis espacial son aquellos a los que se refieren sucesivamente los pilotos durante los vuelos efectuados para los bombardeos: primero, vuelo en dirección a la parte oriental del delta; luego, pasada para localizar los lóbulos cóncavos del meandro o la sección de los diques bordeados por terrenos particularmente pantanosos; finalmente, lanzamiento del rosario de bombas según una línea paralela al dique y a una distancia de unos veinte metros o según una línea perpendicular u oblicua, para disponer los cráteres a distancias variables.

10. ¿Por qué no se ha producido la catástrofe?

A mediados de agosto de 1972, sentíamos que la catástrofe era inminente, la crecida podía llegar de un momento a otro; cuando nos recibió prolongadamente el primer ministro Pham Van Dong no intentaba disimular su angustia.

Las conclusiones de esta investigación geográfica, efectuada para establecer las pruebas de una estrategia eminentemente geográfica, fueron difundidas en cuanto regresé a Francia, principalmente mediante un artículo para *Le Monde* del 16 de agosto de 1972, que fue rápida y ampliamente reproducido en numerosos países, particularmente en los Estados Unidos. Los responsables norvietnamitas habían aceptado, en efecto, para mayor eficacia, retrasar un poco la publicación de los resultados de mi investigación en *Nhan-Dan*, el periódico del partido, con el fin de que *Le Monde* pudiese tener la primicia según el deseo del primer ministro Pham Van Dong.

Esta investigación tuvo, entre la opinión pública, resultados relativamente importantes, en particular en los Países Bajos donde la población está, evidentemente, muy sensibilizada con el problema de los diques y donde se llevó a cabo una campaña muy fuerte; los geógrafos de la Universidad de Nimega participaron muy activamente. No fue el caso de todos los geógrafos, ni mucho menos. Sin embargo, en el Congreso de Montreal de la Unión Geográfica Internacional, en agosto de 1972, el nuevo presidente, Jean Dresch, apoyado por el profesor Pierre George, había hecho una declaración pública contra el bombardeo de los diques.

Pero es evidentemente en Estados Unidos donde la campaña podía tener más consecuencias. Los cuáqueros jugaron un importante papel en ella. Durante varios días, me pregunté si había hecho decentemente mi trabajo como geógrafo, si no había dejado escapar alguna cosa que los portavoces del Pentágono no dejarían de utilizar para refutar mi análisis. Pero se contentaron con repetir los desmentidos oficiales, con menores efectos, desde luego. Gracias a la intermediación de periodistas norteamericanos, propuse que el Pentágono publicase las fotos aéreas de las zonas precisas a las que se refería mi análisis; así se podrían probar mis pretendidas “mentiras”. Pero esta propuesta no fue tenida en cuenta.

Comprobé de verdad la eficacia del análisis geográfico que había realizado, durante una conferencia de prensa en Berna ante periodistas que, al comienzo, no ocultaban su apoyo a las tesis del presidente Nixon. La atmósfera era tensa y los periodistas, según su práctica habitual, hacían sus preguntas en todos los sentidos. El asunto comenzaba mal para mí. Les pedí entonces dos minutos de silencio para mostrarles “mi” mapa de los puntos de los bombardeos: aceptaron sin recelos. Comencé, muy rápidamente, el análisis de las localizaciones; una hora más tarde, todavía hablaba yo en medio de un silencio total; estaban verdaderamente aterrados.

¿Hay que añadir que sé ahora que esta campaña habría podido tener un episodio extra? En efecto, de regreso a Vietnam del Norte en octubre de 1974, supe de forma totalmente casual que en agosto de 1971, es decir, un año antes de la reanudación de los bombardeos sobre la R. D. V. N., se había roto un dique justo al este de Hanoi, en el momento de una crecida excepcionalmente fuerte. Toda la provincia de Hai-Dung permaneció bajo las aguas durante varias semanas. Esta información no me había sido comunicada durante mi misión, un año más tarde; sin duda, por el deseo de no conceder un tanto al Pentágono, que afirmaba que los diques podían romperse solos, bajo el efecto de una violenta crecida. Esta torpeza de los responsables vietnamitas habría podido ser explotada por el Pentágono, que no utilizó este argumento, pues se hubiera vuelto contra él. En efecto, la sección de dique que se había roto “sola”, cerca de Hanoi, en agosto de 1971, había sido de hecho bombardeada en varias ocasiones desde 1963 hasta 1967 (en el lugar mencionado más arriba). Aunque había sido reparada, cedería durante la gran crecida de 1971, prueba de los peligros que estos bombardeos suponen todavía hoy y en el futuro.

Los bombardeos sobre los diques continuaron, a pesar de la campaña de protesta, durante todo el mes de agosto de 1972, pero no hubo inundación. Esto ha sido frecuentemente interpretado como síntoma de que, finalmente, los norteamericanos, ante la amplitud de la protesta, no se habían atrevido realmente a bombardear los diques. Es importante señalar, aunque se tenga que reducir un poco la importancia de las masas, que, si no hubo catástrofe en 1972, en Vietnam del Norte, no fue por clemencia o por las dudas de Nixon, sino por otras dos razones: primero, el pueblo de Vietnam hizo un gigantesco esfuerzo para reparar todo lo posible en esta estación, contando con la inminencia de la crecida. Era, sin embargo, imposible abordar la limpieza y la compactación de las partes de la loma que tenían fisuras debajo de

los diques. Se habían acumulado importantes stocks de tierra para poder disponer de un material adecuado (no demasiado mojado) cerca de los puntos que habían sido ya bombardeados en 1965-1967. La batalla de los diques: un esfuerzo gigantesco para cientos de miles de hombres y de mujeres, en el mismo momento en que también había que trasplantar el arroz; un gran número de víctimas, muertas o heridas por la explosión de las bombas de espoleta retardada, o acribilladas por las bombas de metralla durante los ataques repetidos sistemáticamente sobre los trabajadores llegados para reparar sus diques. La segunda razón por la que no se produjo la catástrofe fue que el verano de 1972 no conoció, prácticamente, una gran crecida. Así como 1971 y 1973 se caracterizaron por crecidas enormes, 1972 fue, felizmente, un año de lluvias débiles o medianas sobre el Sudeste Asiático y sobre Asia Meridional. A finales de julio, comienzos de agosto de 1972, pudimos constatar que el nivel del agua no alcanzaba todavía el pie de los diques. Pero nadie podía prever entonces que la crecida no llegaría algunos días más tarde, y la angustia era grande. En ese mismo momento, la prensa se hizo eco en Europa de los intentos de la aviación norteamericana por provocar lluvias sobre las montañas de donde descenden el río Rojo y sus afluentes. No debieron tener éxito, o sus consecuencias fueron locales.

Es importante subrayar que si durante el verano de 1972 las lluvias no hubieran sido tan débiles, se habría producido una catástrofe. La aviación norteamericana la había preparado cuidadosamente, a pesar de saber perfectamente Nixon y el Pentágono la oposición de la opinión pública norteamericana; contrariamente a lo sucedido en los años 1965-1967, en los que los diques ya no eran atacados al acercarse el monzón, en 1972 los bombardeos sobre los diques continuaron en julio y agosto, hasta que hubo seguridad de que la crecida no llegaría. Para comprender este empeño y el riesgo tomado en relación a la opinión pública norteamericana, cansada ya de esta guerra, hay que tener en cuenta que es en ese momento cuando el fracaso de la política de vietnamización se hacía evidente. El ataque en Quang-Tri de las fuerzas del G. R. P. y de la R. D. V. N. no podía ser frenado, en ese verano de 1972, más que al precio de bombardeos gigantescos. Es en ese momento cuando la *US Air Force*, obligada, por lo demás, a actuar constantemente sobre otros puntos, comenzó a tener ya escasez de pilotos, si es que no tuvo escasez de aparatos, sobre Vietnam.

La opinión pública mostraba cansancio y extrañamiento ante la paralización de las negociaciones de París. Nixon sabía que habría que parar muy pronto, de una forma o de otra, la intervención directa de los Estados Unidos en Vietnam. Para que fuera una victoria, hoy se puede decir, con casi absoluta seguridad, que hacía falta que los diques se rompieran en ese verano de 1972. En la convención republicana de Miami, cuando Nixon declaró, en agosto de 1972, que “la situación en Vietnam no estaba todavía madura”, es probable que pensase, sobre todo, en las crecidas que no se habían producido todavía. Al resistir los diques, no hubo más remedio que

aceptar lo que iban a ser los acuerdos de París (enero de 1973). La batalla de los diques ha sido, pues, uno de los episodios más importantes de la guerra de Vietnam.

11. La guerra geográfica

El plan del bombardeo de los diques del delta del río Rojo no debe ser considerado como una empresa excepcional, aprovechando condiciones geográficas muy particulares, sino, muy al contrario, como una operación que depende de una estrategia de conjunto: la “guerra geográfica”, que fue puesta en práctica masivamente en Indochina y, sobre todo, en Vietnam del Sur durante más de diez años; fue llevada a cabo con una combinación de medios poderosos y variados. Esta estrategia ha sido frecuentemente llamada “guerra ecológica” —ya se sabe que la ecología es un término de moda—. Pero es, de hecho, a la geografía a la que hay que referirse, pues no se trata sólo de destruir o de trastocar relaciones ecológicas, se trata de modificar, mucho más ampliamente, la situación en que viven millares de hombres.

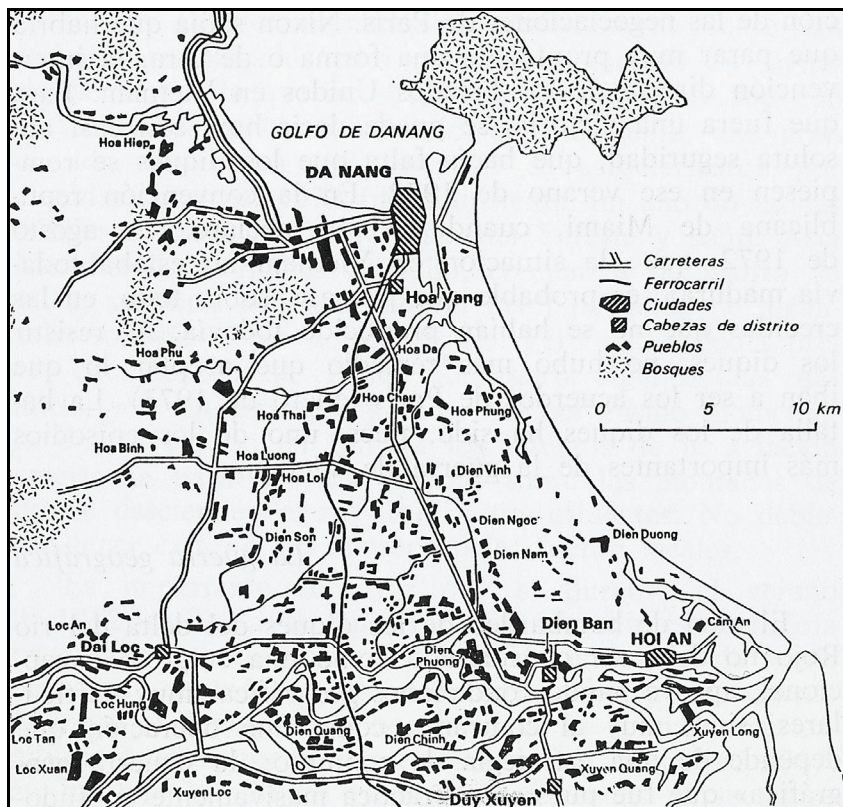
En efecto, no se trata sólo de destruir la vegetación para obtener resultados políticos o militares, de transformar la disposición física de los suelos, de provocar voluntariamente nuevos procesos de erosión, de trastocar ciertas redes hidrográficas para modificar la profundidad del manto acuífero (para desecar los pozos y los arrozales), de destruir los diques: se ha tratado también de modificar radicalmente la repartición espacial del poblamiento, practicando, por diversos medios, una política de reagrupamiento en las “aldeas estratégicas” y de urbanización forzada (Mapa 2a y 2b). Estas acciones destructivas no son sólo la consecuencia involuntaria de la enormidad de los medios de destrucción practicados hoy, sobre un cierto número de objetivos, por la guerra tecnológica e industrial. Son también el resultado de una estrategia deliberada y minuciosa cuyos diferentes elementos son científicamente coordinados en el tiempo y en el espacio.

La guerra de Indochina marca en la historia de la guerra y de la geografía una etapa nueva: por primera vez, se han puesto en práctica métodos de destrucción y de modificación del medio geográfico, a la vez en sus aspectos “físicos” y “humanos”, para suprimir las condiciones geográficas indispensables para la vida de varias decenas de millones de hombres.

Es importante, hoy más que nunca, estar atentos a esta función política y militar de la geografía, que le es propia desde el principio. En nuestros días, adquiere amplitud y formas nuevas, en razón no sólo del desarrollo de los medios tecnológicos de destrucción y de información, sino también en razón de los progresos del conocimiento científico.

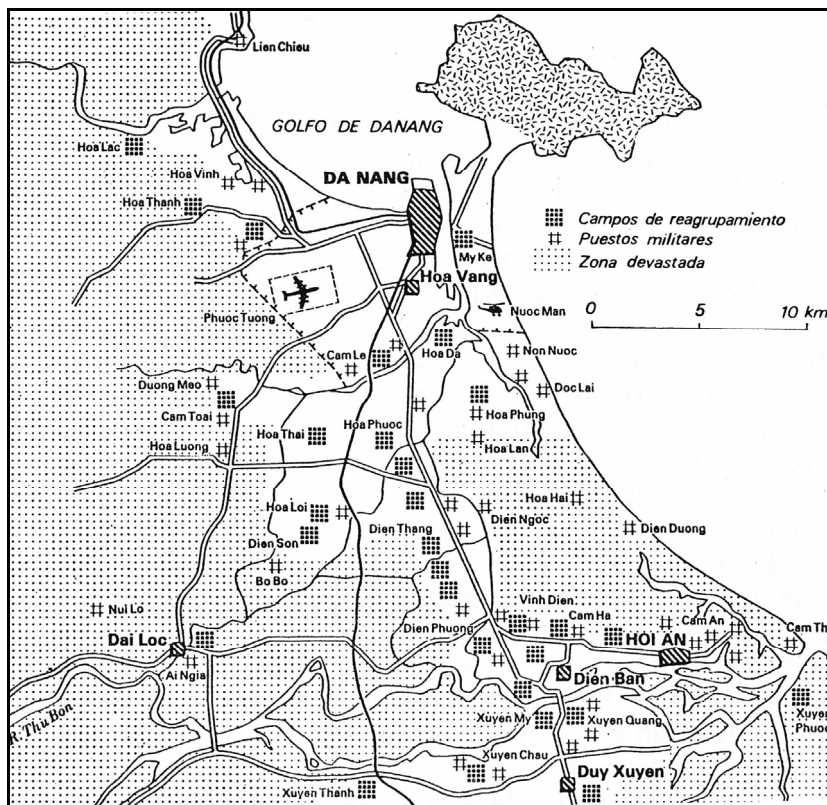
El título de una cabecera de *Newsweek* aparecida el 7 de agosto de 1972, en pleno asunto de los diques, es particularmente significativo: “*When the landscape is the enemy*”. Pero no hay que olvidar que son hombres los que combaten en él.

Mapa 2a. La guerra geográfica: la región de Danang antes de los bombardeos



La región de Danang antes de 1965: densos bosques ocupan todos los relieves por encima de la llanura aluvial; la zona costera está menos poblada, pues se trata de dunas y de depresiones de suelos salados; en el interior, los pueblos se disponen, sobre todo, a lo largo de las lomas naturales.

Mapa 2b. La guerra geográfica: la región de Danang después de los bombardeos



La región de Danang después de 1969 y de la puesta en práctica de la política de reagrupamiento de la población en las “aldeas estratégicas”; los bosques han sido sistemáticamente arrasados, como todos los pueblos y los árboles que les rodeaban. Como si hubiese pasado un *bulldozer* por todo el paisaje. (Mapa totalmente inédito elaborado por los servicios del F. N. L. de Vietnam del Sur en 1972.)